

Influencias y confluencias de la Psicología clásica en el Trabajo Social

Aníbal Puente Ferreras¹; Carmen Gloria Garrido²; M^a Isabel Marín³

Recibido: 16/11/2016 / Revisado: 15/12/2016 / Aceptado: 19/07/2017

Resumen. El artículo analiza las influencias psicológicas en el Trabajo Social. Al examinar los enfoques clásicos se observa que algunos influyen de una manera más significativa que otros: a) el evolucionismo produce un efecto muy negativo sobre la equidad entre las personas; b) el psicoanálisis impronta en la familia como entidad social; c) el conductismo diseña modelos de cambio de conducta social; d) el humanismo, existencialismo y *Gestalt* usan la empatía como medio para mejorar la comunicación. Estos modelos teóricos y métodos psicológicos intervienen con eficiencia social en las tareas y desempeños profesionales de los trabajadores sociales en diversos ámbitos.

Palabras clave: Escuelas Psicológicas; Trabajo Social; Evolucionismo Social; *Gestalt*; Conductismo

[en] Influences and confluences of classical psychology in social work

Abstract. This article analyses the influences of psychology on social work. An examination of classical approaches reveals that some have a more significant influence than others: a) evolutionary psychology has a highly negative effect on fairness among persons; b) psychoanalysis impacts on the family as a social entity, c) behaviourism designs models for changing social behaviour; and d) humanism, existentialism and Gestalt psychology use empathy as a means to improve communication. These theoretical models and psychological methods are socially efficient in influencing the professional tasks and practices of social workers in various fields.

Key words: schools of psychology; social work; social evolutionism; Gestalt; behaviourism

Sumario. Introducción. 1. Influencia de la psicología dinámica o psicoanálisis. 1.1. Psicoanálisis aplicado al Trabajo Social. 1.2. Terapia analítica. 1.3. Divergencias de opiniones en torno a la influencia del Psicoanálisis. 2. Influencia conductista. 3. Influencia y confluencia humanista-existencialista. 4. Influencia y confluencia holística o gestáltica. 5. Conclusiones. 6. Referencias bibliográficas

Cómo citar: Puente Ferreras, A.; Gloria Garrido, C.; Marín, M. I (2018) Influencias y confluencias de la Psicología clásica en el Trabajo Social, en *Cuad. trab. soc.* 31(1), 211-222.

Introducción

El fundamento del Trabajo Social navega entre dos aguas: las teorías que emergen de la Sociología y la intervención práctica que apoya su desarrollo desde la Psicología. Históricamente, la Sociología tuvo una enorme vitalidad gracias al referente empírico propio que le dotó un

grupo de sociólogas lideradas por Laura Jane Addams, figura destacada en los movimientos de reforma social, sufragista, feminista y pacifista (Barriga Muñoz y Martínez Alonso, 2011; Barahona Gomáriz, 2016). Para algunos sociólogos, el Trabajo Social es de alguna manera un laboratorio experimental donde se examinan hipótesis de gran interés social. Para los

¹ Universidad Complutense de Madrid, España
apuente@psi.ucm.es

² Universidad Andrés Bello de Chile, Viña del Mar, Chile
cgarrido@unab.cl

³ Universidad Andrés Bello de Chile, Viña del Mar, Chile

psicólogos, los trabajadores sociales asumen muchos recursos y técnicas psicológicas útiles para la intervención social a nivel individual, grupal y comunitario.

En el presente artículo nos vamos a analizar el sustrato psicológico de donde se nutre el Trabajo Social. Mary E. Richmond fue una de las pioneras que teorizó y sistematizó el Trabajo Social. En sus obras plantea los fundamentos teóricos que orientan los modos de “comprender” y “pensar” la intervención social hasta nuestros días. En sus publicaciones da cuenta de la singularidad radical de cada caso, atendiendo a los procesos personales y a los tiempos de cada persona. Se apoya en el campo relacional facilitando la participación de todos aquellos recursos y profesionales disponibles en el campo de lo social, para dirigir sus esfuerzos al trabajo individualizado de cada caso.

Las aportaciones de la Sociología y la Psicología fueron básicas porque dotó a la profesión de contenido teórico y metodológico, abandonando los matices puramente asistenciales o caritativos imperantes hasta el momento en la acción social. Este gran salto metodológico y la aplicación de un método en el campo de la acción social originaron el surgimiento de nuevas maneras de “pensar la atención social” en los inicios del Siglo XX. Hoy en día, en los albores del S. XXI, recordamos el pensamiento de Richmond, no por melancolía sino más bien por la necesidad emergente de repensar las disciplinas, las instituciones y la función de los diferentes operadores en el campo de la atención social contemporánea (Travi, 2011).

En ese navegar entre la Psicología y la Sociología, Mary Richmond descubrió que la teoría evolutiva de las especies animales imbuía a otras actividades científicas que parecían algo alejadas como eran la Psicología, la Sociología y el Trabajo Social. Con el correr de los años, la Biología ha venido ocupando un espacio preferente en las ciencias experimentales y sociales, y se ha constituido en referente para casi todas las disciplinas.

El pensamiento de Richmond se enmarca dentro del evolucionismo. Según ella el Trabajo Social se encamina a conseguir la adaptación de los clientes/usuarios al contexto social con el propósito de ir reformando progresivamente al individuo y al entorno mediante una relación recíproca. En aquella época, este pensamiento era totalmente revolucionario, al decir que para trabajar los casos sociales había

que comprender con una perspectiva evolutiva, sin prisa y a fondo, a la persona o familia, no solo en el momento actual, sino en toda su historia anterior (Richmond, 1995).

Evolucionismo, Psicología y Trabajo Social

Una de las raíces de la psicología contemporánea se encuentra en el evolucionismo biológico, el gran acontecimiento científico de la segunda mitad del Siglo XIX. Este movimiento científico produjo efectos decisivos tanto en las ciencias naturales como en las ciencias sociales, en las ideologías y las religiones. Uno de los efectos más inmediatos fue la reinterpretación del hombre y de su lugar en el cosmos, que hacían de él una pieza más en el conjunto de la naturaleza.

Las tres figuras estelares del evolucionismo biológico fueron Charles Darwin, Jean-Baptiste Lamarck y Herbert Spencer, cuyas revolucionarias ideas produjeron profundas repercusiones psicológicas. Lamarck condensa su pensamiento en la fórmula “la función crea el órgano”. Según él, existen dos leyes importantes que participan en la evolución: *ley de uso* que establece la perfección evolutiva mediante el ejercicio del instrumento empleado; y *ley de desuso* que plantea que el “órgano” que no se utiliza se atrofia y desaparece (Lamarck, 1809).

Darwin fue el científico que logró con mayor éxito el reconocimiento del evolucionismo biológico. Sus ideas iban acompañadas de una gran masa de información empírica con la que daba solidez a su tesis. Su obra capital, *El Origen de las Especies* (1880), marca un hito en la historia de la ciencia moderna con los principios de la *variabilidad espontánea* de los organismos, la *lucha por la vida* o la supervivencia y la *selección natural* en la que desaparecen los organismos peor adaptados.

Estos principios se aplicaron, en una primera instancia, a los animales, pero pronto se observó su utilidad como explicación a problemas antropológicos, como quedó reflejado en su libro *El Origen del Hombre y la Selección en Relación al Sexo* (1900); donde la mente, la *psique* y las facultades quedaron incluidas en el marco general de la teoría de la evolución.

Darwin fue un extraordinario biólogo y también un agudo psicólogo. Veamos algunas de sus aportaciones: “El hombre desciende de un organismo menos evolucionado de lo que él está”. Esta evolución representa un cambio

en complejidad, pero no un cambio cualitativo con respecto a los animales superiores. Esta continuidad, según Darwin, se observa no solo en los aspectos somáticos, sino también en los psíquicos y establece que “no hay diferencias fundamentales entre el hombre y los mamíferos superiores en las facultades mentales (Darwin, 1994).

El resultado es un inevitable “antropomorfismo” de los animales: “el hombre y los animales superiores, especialmente los del orden de los primates, tienen en común algunos instintos. Todos están dotados de los mismos sentidos, intuiciones y sensaciones y de análogas impresiones, pasiones y emociones, aun las más complicadas como los celos, la sospecha, la emulación, la gratitud y la benevolencia; practican el engaño y la venganza; son a veces sensibles al ridículo y hasta ofrecen un cierto carácter festivo; sienten admiración y curiosidad; poseen facultades idénticas de imitación, atención, deliberación, elección, imaginación y memoria, la asociación de ideas y el raciocinio, aunque en grados muy diferentes (Darwin, 1994).

Un tercer protagonista del evolucionismo, menos popular que los anteriores y con un perfil más psicológico, es Herbert Spencer. Durante su vida alcanzó una tremenda autoridad, sobre todo en el ámbito académico de habla inglesa. Para muchos, el nombre de Herbert Spencer sería prácticamente sinónimo de *darwinismo social*, una teoría que aplica la ley de la supervivencia del más apto a la sociedad (Spencer, 1884). Spencer planteaba que los impulsos humanitarios tienen que ser resistidos ya que nada se debe permitir que interfiera con las leyes de la naturaleza, incluyendo la lucha social por la existencia. Spencer vio positivamente la caridad privada, impulsando la asociación voluntaria y el cuidado informal para ayudar a los necesitados, en lugar de depender de la burocracia o la fuerza del gobierno. Recomendó, además, que los esfuerzos de caridad privados serían prudentes para evitar el fomento de la formación de nuevas familias dependientes por aquellos que no pueden mantenerse a sí mismos sin la caridad (Offer, 2006, pp. 38, 142).

Repercusiones del darwinismo social

La teoría del origen de las especies por medio de la selección natural siempre ha estado envuelta en polémica. El darwinismo y la co-

munidad científica enterraron definitivamente las aspiraciones religiosas, desechando el mito de la creación, pero también ha dado legitimidad a la desigualdad y la explotación. La relevancia científica de la evolución es innegable, pero en contraposición a todos los beneficios que reportó el darwinismo, su intento de aplicación en la sociedad ha jugado un papel tan funesto como miserable en la historia de los Siglos XIX y XX (Espina, 2005).

El darwinismo social surgió en la Inglaterra victoriana. Durante los primeros años del siglo XIX, la revolución industrial desarrolló de modo vertiginoso la productividad del trabajo, generando un crecimiento económico y demográfico como nunca antes en la historia de la humanidad con su obvia contraparte, un aumento mayúsculo de la desigualdad entre clases. Las calles de Inglaterra se convirtieron en verdaderos vertederos de miserables; gentes que con las leyes del capitalismo perdieron sus medios de subsistencia. Las leyes de pobre que operaban en Inglaterra desde 1562 como sistema de asistencia a los más miserables fueron cuestionadas, siendo una de las críticas inspiradas en los principios de Darwin, Spencer, Malthus y Wallace.

Spencer (1884) tomó los postulados positivistas de la sociología naciente y los unió a la versión de la teoría de evolución planteando que la selección natural podía ser aplicada igualmente al desarrollo de la sociedad. La teoría del darwinismo social tiene un inmenso potencial como justificación ideológica para posicionar el valor de una raza sobre otra, de los ricos sobre los desposeídos, de los letrados sobre los ignorantes. Spencer acuñó el término “supervivencia del más apto” para explicar el motor de la sociedad. El darwinismo funcionó como un hito que no solo estipula que la competencia, la desigualdad y la explotación como formas de producción capitalista eran el camino a seguir en aras del progreso humano.

Interaccionismo simbólico (George H. Mead)

Las aportaciones de Mead a la Sociología y al Trabajo Social son escasas (debido a que es un desconocido); al menos en las comunidades profesionales de España y América Latina. Una de las razones que explica dicho desconocimiento es la recepción tardía del conjunto de su obra que empieza a hacerse visible en la primera mitad de los años ochenta (Monferrer,

González y Díaz, 2009). Y, si bien, la aportación al interaccionismo simbólico es ampliamente reconocida, la asimilación de sus premisas y enfoques teóricos, continúa hoy en día siendo deficiente. A diferencia de los grandes filósofos, educadores y psicólogos estadounidenses (tales como, James, Watson, Dewey, Maslow o Skinner) de mediados y finales del Siglo XIX, Mead no escribió ningún libro de referencia que sintetizara su pensamiento de una manera ordenada y asimilable (Carpintero, 1996). La mayoría de sus publicaciones fueron artículos dispersos. Tras su muerte, los discípulos (Blumer, 1900-1987, entre otros) han recuperado piezas de un material que él tenía en ciernes sin elaboración completa para su publicación.

A Mead se le considera como uno de los precursores del primer conductismo social, también llamado interaccionismo simbólico. Denominó conductismo social a su teoría, a partir de la crítica de Watson, que afirmaba que el “yo” y la mente estaban dentro del marco del simbolismo lingüístico que usan las personas para comunicarse (interaccionismo simbólico). Este conductismo es muy diferente al de Watson, aunque coincide con él en la importancia de las conductas observables, pero destaca que unos determinados aspectos no son tan visibles como pensaba Watson.

Mead es un investigador e intelectual polifacético: filósofo, sociólogo, psicólogo social, fenomenólogo, y sobre todo interaccionista simbólico. Enfatiza tres aspectos claves en la estructura que constituyen una personalidad: el “yo” es lo que crea la individualidad del individuo; el “mi” es la serie de actitudes organizadas de los otros que adoptan uno mismo; y el “otro generalizado” que puede ser visto como la norma general de un grupo social o situación, como la sociedad. El interaccionismo influyó de un modo importante en el desarrollo del trabajo social individualizado, utilizado por Richmond.

Un concepto destacado de la teoría de Mead es el *acto*, que constituye la base para todo su posterior análisis y que está formado por cuatro fases que interaccionan entre sí: el impulso, la percepción, la manipulación y la consumación. Un segundo concepto reconocido son los *gestos*, que son entendidos, como los múltiples movimientos y expresiones que las personas realizan, con una función fundamental de carácter social. Un tercer concepto es la *mente*, como producto social; por ello Mead hizo hin-

capié en la aplicación del método científico en la acción y la reforma social.

Por último, otro concepto abordado por Mead es el *self* del sujeto, que es un proceso mental enlazado con lo social. Para su desarrollo es necesario que el individuo por medio de la reflexión adquiera la capacidad de ponerse en el lugar del otro o que sea capaz de pensar en cómo otros actuarían (Carabaña y Lamo de Espinosa, 1978).

Aportaciones psicológicas en el diagnóstico y tratamiento social

Los primeros impulsos de formación del Trabajo Social como actividad de ayuda a las comunidades más depauperadas y marginales se produjeron entre dos escuelas psicológicas muy poderosas y rivales: la Psicología Dinámica o Psicoanálisis y el Conductismo Clásico norteamericano. Algo más tarde apareció una tercera escuela denominada Humanismo de carácter menor debido a la reducida fortaleza, con un número más pequeño de adeptos y escasa implantación en países y continentes. Durante los primeros años de gestación y desarrollo, el Trabajo Social creó vínculos estrechos con estas escuelas y de alguna manera fue hija adoptiva que se nutrió de las doctrinas teóricas y las prácticas de intervención psicoterapéutica.

El corazón del artículo es una revisión breve pero imprescindible de las escuelas psicológicas que han influido de modo importante en el *corpus* del Trabajo Social. La mejor manera de examinar las aportaciones es adoptar una postura plural y complementaria, en lugar de criticar las limitaciones y entablar pugnas y rivalidades entre escuelas o familias. Tampoco conviene adoptar una postura enfrentada, excesivamente crítica sin fundamento y carente de contenido. Sabemos a ciencia cierta que las principales escuelas psicológicas de finales del Siglo XIX y del XX han contribuido de forma notable; y seguramente las nuevas reformulaciones psicológicas contemporáneas seguirán aportando elementos novedosos al Trabajo Social.

1. Influencia de la psicología dinámica o psicoanálisis

Mientras la psicología estadounidense se iba haciendo cada vez más científica, un médico

austriaco llamado Sigmund Freud estaba elaborando ideas radicalmente distintas, las cuáles abrieron nuevos horizontes para el arte, la literatura y la historia, pero también para la psicología (Jacobs, 2002). Él pensaba que la vida mental era como un *iceberg*, que solo una fracción mínima queda expuesta a la vista. Denominó inconsciente a la parte de la mente que se encuentra fuera de la conciencia personal. Según Freud, los pensamientos, impulsos y deseos inconscientes, en especial los relativos al sexo y la agresión, influyen profundamente en nuestra conducta.

Freud sostenía la teoría de que muchos pensamientos inconscientes son reprimidos (se dejan fuera de la conciencia) pues son amenazantes. Sin embargo, decía que en ocasiones se revelan en los sueños, las emociones o los *lapsus linguae*. Freud pensaba que todos los pensamientos, las emociones, y los actos están determinados. En otras palabras, nada es accidental: si examinamos a fondo, encontraremos las causas de todo pensamiento o acto (Gedo y Pollock, 1976).

1.1. Psicoanálisis aplicado al Trabajo Social

El foco de preocupación freudiano fue el estudio del comportamiento humano, que pasó de ser visto como algo racional a ser concebido como irracional e inconsciente; guiado por motivos y pulsiones instintivas. Los planteamientos de Freud, por lo tanto, promovieron un cambio de perspectiva a la hora de abordar los problemas sociales en los que se da prioridad a los aspectos psicopatológicos de la conducta del usuario y a la relación terapéutica como instrumento principal del tratamiento, con énfasis en los factores intrapsíquicos como elementos causales (Howe, 1999).

Las aplicaciones del Trabajo Social fueron influenciadas de una manera sostenida y consistente en el tiempo por dos disciplinas con mucho músculo y predicamento desde finales de S. XIX hasta mediados de S. XX. Estas disciplinas eran la Psicología y la Psiquiatría que cambiaron el rumbo de las preocupaciones: los problemas económicos y sociológicos dejaron de ser importantes y se empezó a otorgar mayor significación a los problemas psicológicos y emocionales. Conocer los estados y contenidos mentales conjuntamente con el análisis de sus significados permite descubrir la realidad subjetiva de las personas (Freud, 1993). De este modo es posible explicar las diferentes

etapas del desarrollo psicoafectivo que el ser humano debe superar para alcanzar la madurez afectiva y social; y por ende aportar al trabajo social los conocimientos sobre las necesidades básicas que deberán ser satisfechas para que la persona pueda desarrollarse. La teoría psicoanalítica explica cómo estados en equilibrio mental coexisten con aspectos infantiles y que la capacidad de ponerse en contacto con sentimientos, emociones y ansiedades es considerado como signo de madurez superior a la rigidez y el control (Freud, 1993).

En conclusión, la teoría psicoanalítica explica que las experiencias no se borran sino que perviven y quedan enterradas en el inconsciente. Es decir, algunas conductas problemáticas del adulto se corresponden a manifestaciones en el desarrollo infantil que no han podido ser suficientemente elaboradas y no han permitido el crecimiento. Es difícil para el trabajador social aplicar la teoría psicoanalítica ya que no se trata de hacer interpretaciones sobre mecanismos profundos y las causas por las que una persona vive y actúa de una determinada forma. El conocimiento sobre la posible realidad interna se incrementa a medida que el trabajador social incluye su punto de vista o el enfoque psicodinámico en la actividad profesional, tanto para avanzar en el conocimiento de las situaciones que se presentan como para captar o entender los sentimientos que estas situaciones despiertan en él mismo (Du Ranquet, 1996).

1.2. Terapia analítica

El análisis es una forma de obtener una reconstrucción de la personalidad del cliente/usuario. El análisis alcanza este fin de dos maneras: Primero estimula al cliente/usuario para que establezca una relación emocional, o transferencia, con el analista, se le pide al cliente que actúe hacia el analista como lo hace hacia su madre y padre; algunas de las emociones transferidas pueden ser calurosas y cariñosas, otras pueden ser frías, de odio o de enojo. Segundo, permite al cliente/usuario asociar libremente sus pensamientos y experiencias pasadas. Al interpretar esas asociaciones libres, el analista puede a menudo descubrir el contenido y la dinámica de los procesos mentales inconscientes del cliente/usuario. La asociación libre es el plan de juego básico de la mayor parte de las formas de análisis. Freud creía que todo lo que se hace, se dice o se piensa tiene una causa.

De esta manera, incluso las afirmaciones triviales y aparentemente sin sentido pueden ocultar conflictos emocionales profundamente arraigados. Si no se puede “asociar libremente” muy bien, puede ser que alguna parte de la mente esté bloqueando la expresión de ciertas experiencias traumáticas (Freud, 1924).

Según Payne (1995), la teoría psicoanalítica aporta tres elementos cruciales para las profesiones que se dedican a la intervención de los individuos y los grupos sociales. Esos tres elementos son: la teoría del desarrollo humano; la teoría de la personalidad y la teoría del tratamiento. Los tres aspectos han sido ampliamente desarrollados por Freud y sus discípulos y podemos testificar que sus aportaciones han sido ampliamente reconocidas por muchas otras escuelas. Eso no significa que el reconocimiento sea unánime, todo lo contrario, existen divergencias muy acusadas en algunos aspectos que tienen que ver con el carácter científico de sus formulaciones. También existe una gran beligerancia en torno a algunos conceptos de la sexualidad que inundan toda su teoría de modo abrumador.

Social Diagnosis (Richmond, 1917) es un libro que trasluce cierta influencia freudiana en el Trabajo Social. En la obra se enfatiza en la necesidad de estudiar el entorno social más cercano al individuo, su presente y su pasado, siendo considerados como elementos imprescindibles a la hora de entender un caso. La intervención en el entorno del cliente/usuario fue uno de los dos métodos de tratamiento, denominado como “método indirecto de tratamiento”. Además del método indirecto, Richmond proponía el método directo, que consistía en la intervención directa basada en la influencia de *mind upon mind* (*mente a mente*).

La primigenia formulación del Psicoanálisis ha sido modificada de manera importante a lo largo de un siglo de vida. El impulso modificador ha venido del mismo Freud, de sus discípulos y también de sus críticos que han visto la necesidad de mitigar algunos elementos e incluir otros que originalmente no fueron tomados en consideración. A partir de los años cincuenta la base teórica psicodinámica fue ampliada gracias a las contribuciones de autores tan relevantes como Ericsson, Piaget, Lewin y Allport, entre otros. Llama la atención que algunos de los autores mencionados proceden de escuelas y orientaciones diferentes que sin embargo, han complementado el enfoque psicodinámico moderno. Aunque la

teoría freudiana no es la teoría predominante en la práctica profesional, la teoría psicodinámica, sola o en combinación con otras teorías, ha aportado diversos enfoques de intervención interesantes para la práctica profesional del Trabajo Social, entre los que destaca el modelo psicosocial, el modelo funcional, el modelo de resolución de problema y el análisis transaccional (Frankl, 1964).

1.3. Divergencias de opiniones en torno a la influencia del Psicoanálisis

Aquellos lectores interesados en conocer el impacto del modelo psicodinámico en la teoría y práctica del trabajo social son Friedlander (1989) y Howe (1987). Es cierto, sin embargo, que Richmond nunca mantuvo una relación fluida con el pensamiento psicoanalista y, en sus escritos, la persona de Freud apenas se menciona como referencia teórica y práctica. Pero eso no significa que un importante número de trabajadores sociales no se hayan dejado seducir por las interpretaciones psicodinámicas. Tenemos que reconocer que a través de un buen diagnóstico social se determinan las causas que originan las necesidades y las dificultades sociales por las que atraviesan las personas; y así mismo es posible diagnosticar las necesidades de ayuda y definir los tipos de intervención social necesarios para cada caso.

Bajo la influencia del modelo psicodinámico, los trabajadores sociales, empezaron a otorgar mayor importancia a los problemas psicológicos y emocionales, en detrimento de los problemas de índole económica y sociológica.

La influencia del modelo psicodinámico en el trabajo social ha sido más relevante en Europa que en Estados Unidos. En América Latina también ha sido de gran significación la influencia sobre todo en países como Argentina, Chile, Colombia, Uruguay, Costa Rica y otros. Donde los destellos del psicoanálisis todavía deslumbran a un número amplio de profesionales de diversas disciplinas.

Históricamente, ha sido la teoría psicológica que primero interesó a los trabajadores sociales para su práctica profesional y la que mayor influencia y más calado ha tenido dentro de las teorías psicológicas en el ejercicio del Trabajo Social. Un ejemplo de la fuerza de este movimiento psicológico y su impacto en el trabajo Social es el estudio de la Teoría del Apego o la Formación del Vínculo, como mar-

co teórico para explicar los procesos de adopción o la incorporación de los nuevos modelos de familia (Howe, 1997).

A pesar de las divergencias que puedan existir, hay un ámbito en el que claramente coincide el Psicoanálisis y el Trabajo Social es la familia. Las problemáticas familiares representan un denominador común de muchos campos del Trabajo Social en la comunidad: servicios sociales, salud mental, infancia. Toda la teoría psicoanalítica se basa en la comprensión de las relaciones familiares como una de las bases de la salud mental, desde la formulación del complejo edípico de Freud, a la teoría del apego de Bowlby, a la idea de “fallo ambiental” de Winnicott, etc., la familia es un referente esencial (Salvador, 2012). Por otro lado, el psicoanálisis y otros enfoques psicológicos han ido desarrollando, a lo largo de los últimos cincuenta años abordajes de terapia familiar. La familia como experiencia grupal básica se presenta como una solución sensata para hacer frente al crecimiento físico, emocional y social; pero a la vez que sensata, la familia representa un funcionamiento profundamente complejo. Debido a esta complejidad hay que entender que ofrecer ayuda emocional no resulta tan sencillo como puede parecer (Salvador, 2009). El Psicoanálisis no es tan solo un “corpus teórico” derivado de la obra de Freud. Es mucho más, es una manera de mirar y entender lo humano y la existencia.

2. Influencia conductista

El conductista Watson se opuso decididamente al estudio de la “mente” o la “experiencia consciente”. Consideraba que la introspección no es científica, pues no hay modo de conciliar las desavenencias que se presentan entre los observadores. Solo se limitó a observar la relación entre los estímulos (hechos ocurridos en el entorno) y las respuestas de un animal (toda acción muscular, actividad glandular u otra conducta identificable). Estas observaciones eran objetivas, ya que no implicaban la introspección para conocer una experiencia subjetiva. Se preguntó por qué no aplicar la misma objetividad a la conducta humana (Watson, 1913). El conductismo no tardó en adoptar el concepto de condicionamiento del fisiólogo ruso de Pavlov para explicar la mayor parte de la conducta (una respuesta condicionada es una reacción aprendida que se presenta frente

a un estímulo particular). El conductismo norteamericano y la reflexología rusa contribuyeron a que la Psicología se convirtiera en una ciencia natural y dejara de ser una rama de la filosofía (Benjafield, 2004).

El modelo conductista radical ha recibido críticas y rechazos de la comunidad de trabajadores sociales y educadores. La crítica principal es asignada al carácter mecanicista del modelo y al énfasis en los principios de premio y castigo como técnicas de control conductual. El castigo, aunque ha sido muy usado en las culturas primitivas como mecanismo de coerción, hoy en día en las sociedades democráticas se ha relegado y se aplica solo en situaciones extremas, cuando otras fórmulas de manejo y control no han sido eficaces. Los efectos adversos y secundarios del castigo han promovido movimientos de rechazo en las familias y en las escuelas (Puente, 2012). Aunque existe un cierto rechazo a la línea de actuación de los conductistas, hemos de reconocer que el paradigma de modificación de conducta se sigue usando de manera general en las escuelas y en otros centros de rehabilitación para niños y adolescentes que muestran conductas desviadas.

En relación a los campos de aplicación de este modelo, es especialmente idóneo para trabajar con la problemática de adolescentes y niños, puesto que sirve para rectificar los errores educativos que refuerzan una conducta considerada indeseable. Este método ha demostrado ser útil en trastornos afectivos, depresiones, trastornos de ansiedad, fobias, en ludopatías, en conductas alimentarias (bulimia/anorexia) y conductas de riesgo (consumo de alcohol, drogas). Igualmente se ha probado eficaz en el campo de la salud, a nivel de psiquiatría, ya que “ciertos clientes han podido hacerse cargo de su propia vida y ver rápidamente los cambios” (Payne, 1995: 175).

Variantes de conductismo social cognitivo están adquiriendo notable prestigio en las áreas sociales. Nos referimos a las modificaciones cognitivas del modelo conductista que tienen que ver, por ejemplo, con el aprendizaje social cognitivo desarrollado por Albert Bandura y sus discípulos. Existe también otra variante del Conductismo, muy interesante para el Trabajo Social, que ha desembocado en la Teoría del Aprendizaje Cognitivo de Ellis, cuyo objeto es mejorar la salud mental y emocional de los clientes/usuarios. En enero de 1953 rompió por completo con el Psicoanálisis, y empezó a

referirse a sí mismo como terapeuta racional. Ellis desarrolló un nuevo tipo de psicoterapia más activa, directiva y dinámica, en la que se requería que el terapeuta ayudase al cliente/usuario a comprender, —y actuar sobre la base de esa comprensión—, que su filosofía personal contenía creencias que contribuían a sus dolores emocionales. Su nueva aproximación enfatizaba el trabajo de cambiar activamente creencias y comportamientos contraproducentes, auto-derrotistas y rígidos del cliente/usuario, demostrando su irracionalidad por falta de evidencias. Ellis creía que a través del análisis racional, la gente entendería sus creencias irracionales, y las cambiaría por una posición más racional. A esto se le conoce como *reestructuración cognitiva* (Ellis, 2003).

3. Influencia y confluencia humanista-existencialista

El Humanismo se centra en la experiencia, los problemas, los potenciales y los ideales humanos. Es una reacción frente a la rigidez de la teoría de los rasgos, el pesimismo del psicoanálisis y la esencia mecánica del aprendizaje. Su centro de interés es una imagen positiva de lo que significa ser humano. Los humanistas rechazan la visión freudiana de la personalidad como campo de batalla de los instintos y las fuerzas inconscientes. En cambio, consideran que la naturaleza humana es inherentemente buena. Los humanistas también se oponen a los fuertes tintes mecanicistas del conductismo. Según ellos no somos un simple racimo de respuestas moldeables. Por el contrario, somos seres creativos con *libre albedrío*. En pocas palabras, los humanistas buscan la manera de fomentar nuestros potenciales para que florezcan. Un humanista piensa que la persona que usted es hoy es producto, en gran medida, de todas las decisiones que ha tomado. Los humanistas también hacen hincapié en la experiencia subjetiva inmediata (las percepciones particulares de la realidad) y no en el aprendizaje previo. Piensan que hay tantos mundos reales como hay personas. Para comprender la conducta, debemos saber cómo ve el mundo, subjetivamente, la persona, es decir qué es “real” para ella. Muchos psicólogos han aportado algo a la tradición humanista; sin embargo, los más conocidos son Maslow (1985) y Rogers (1961).

El modelo de intervención centrado en el cliente propone unas técnicas muy sencillas que se reducen a la simple aceptación de las afirmaciones del cliente/usuario, al reflejo del sentimiento oculto en sus expresiones y a la clarificación o interpretación del sentido de las mismas. Algunos ejemplos de estas técnicas son: definición verbal y definición de conducta, utilización de la actitud inicial amistosa, utilización de técnicas catárticas, técnicas referidas a conseguir *insight* en el cliente/usuario, técnicas de clarificación verbal y el reflejo del sentimiento. El modelo de intervención centrado en el cliente/usuario no solo aporta determinadas técnicas dirigidas a la intervención y que son útiles para la metodología del Trabajo Social, también realiza aportaciones en lo referente a la investigación. Un aspecto relevante a destacar de Rogers es el celo que tiene por verificar de forma objetiva sus hipótesis. Registraba en cintas magnetofónicas y en pequeñas películas las sesiones y sometía dicho material a análisis estadísticos y verificadores. Las técnicas de las grabaciones permiten al terapeuta un estudio en profundidad de su propia conducta, de tal forma que le permite cambiar la conducta y su propia actitud en la próxima entrevista, lo cual mejora la calidad de la intervención (Rogers, 1977).

La terapia existencial se enfoca en problemas de existencia, tales como significado, elección y responsabilidad. Como la terapia centrada en el cliente/usuario, promueve el autoconocimiento. Sin embargo, hay diferencias importantes. La terapia centrada en el cliente/usuario busca descubrir un “verdadero ser” escondido detrás de una pantalla de defensas. En contraste, la terapia existencial enfatiza el libre albedrío, la habilidad humana de tomar decisiones. En consecuencia, los terapeutas existenciales creen que uno puede elegir volverse la persona que uno quiere ser. Un ejemplo de terapia existencial es la logoterapia de Frankl (1964), que enfatiza la necesidad de encontrar y mantener el significado en la vida. Frankl basó su enfoque en experiencias que tuvo como prisionero en un campo de concentración nazi (Frankl, 1994; 2002; May, 1967).

En conclusión, el trabajo social obtiene un gran respaldo del humanismo, la terapia de la Gestalt, al igual que del existencialismo. Todos estos movimientos se centran en el ser humano+ con sus dolencias, preocupaciones y motivaciones. Desde cada una de estas perspecti-

vas lo que se busca es cambiar la conducta del individuo para alcanzar el mejor rendimiento y la plenitud de sus potencialidad. Lo importante no es un trabajador social centrado en la condición de un cliente enfermo, sino más bien en un cliente que desea un desarrollo pleno con autonomía e independencia para dirigir sus comportamientos. El trabajador social desde alguna de estas perspectivas, se constituye en un acompañante para que el cliente cambie su modo de afrontar el problema o la dificultad; en el entendido que él (cliente) debe asumir la principal responsabilidad del cambio y las consecuencias de dicho cambio de comportamiento, sentimiento o actitud. El pasado no debe ser un objeto central ni para el cliente ni para el trabajador social. Lo importante es el presente como aspecto crucial que se proyecta hacia el desarrollo futuro.

La autorrealización de la persona

Maslow se interesó por las personas que llevan vidas extraordinariamente efectivas. ¿En qué eran diferentes? Para encontrar la respuesta, empezó por estudiar la vida de los grandes hombres y mujeres de la historia, como Albert Einstein, William James, Abraham Lincoln, Walt Whitman, etc. A partir de ahí pasó a estudiar directamente a artistas, escritores, poetas y otras personas creativas vivas.

Por el camino, su pensamiento registró un cambio radical. Al principio solo estudió a personas que tenían una creatividad o grandes logros evidentes. No obstante, con el tiempo se dio cuenta que el ama de casa, el oficinista, el estudiante, o alguien aparentemente insignificante podría llevar una existencia rica, creativa y satisfactoria. Maslow (1943) llamó autorrealización al proceso del desarrollo pleno del potencial personal. La médula de la autorrealización es una búsqueda continua por alcanzar esta realización (Ewen, 2003; Reiss y Havercamp, 2005).

Un fenómeno subjetivo que suelen testimoniar las personas examinadas por Maslow es el de las experiencias pico o cumbre, como momentos temporales de autorrealización personal. Dichas ocasiones estaban marcadas por sentimientos de éxtasis, armonía y profundo significado. Las personas que buscan la autorrealización dijeron que se habían sentido parte del universo, más fuertes y tranquilas que nunca antes, llenas de luz, bellas y buenas, etc. En resumen, las personas autorrealizadas se

sienten seguras, aceptadas y amadas, no sienten ansiedad, pero si se sienten amorosas y vivas (Schuschmy, 2005).

4. Influencia y confluencia holística o gestáltica

Wertheimer, Köhler, Koffka y Lewin fueron los fundadores y difusores de las técnicas de intervención gestáltica. Dicha terapia, como señala Fritz Perls (1974), consiste en atender a otro ser humano de tal forma que le permita ser lo que realmente es. Esta forma de intervenir, lo que intenta es comprender la experiencia psicológica como una unidad integrada que incluye: cuerpo, emociones, cultura y expresiones sociales.

El objetivo principal del proceso terapéutico es ayudar a las personas a reconstruir su forma de pensar, sentir, y actuar de forma interconectada. Esto se logra expandiendo la conciencia personal; aceptando la responsabilidad de los pensamientos, sentimientos y acciones de uno; y llenando las lagunas en la experiencia personal (Joyce y Sills, 2001).

Staemmler (2004) propone que en lugar de discutir *por qué* los clientes/usuarios sienten culpa, enojo, miedo o aburrimiento, se les anima a tener estos sentimientos “aquí y ahora” y volverse completamente conscientes de ellos. El terapeuta promueve la conciencia llamando la atención acerca de ciertos rasgos como postura, voz, movimientos oculares y gestos de las manos del cliente/usuario, etc. También se les puede pedir a los clientes/usuarios exagerar sentimientos vagos hasta que se vuelvan claros. Los terapeutas de la Gestalt creen que expresar tales sentimientos, permite a las personas “atender asuntos pendientes” y a atravesar callejones sin salida emocional (O’Leary, 2006).

En conclusión, la terapia de la Gestalt es una terapia perteneciente a la psicología humanista con gran impacto en los enfoques sistémicos del Trabajo Social, la cual se caracteriza por no estar hecha exclusivamente para tratar enfermos, sino también para desarrollar el potencial humano. La Gestalt se enfoca más en los procesos que en los contenidos, pone el énfasis en lo que está sucediendo, lo que se está pensando y sintiendo. Interesa de manera suprema el presente. Es esta clase de intervención, lo que se busca es que el cliente se haga responsable de sus propios pensamientos, sen-

timientos y acciones y que no culpe a otros y que haga uso de la primera persona.

5. Conclusiones

Richmond se formó en las escuelas de sociología, filosofía y psicología con los intelectuales más representativos de la época: William James, John Dewey, pragmáticos receptores del positivismo de Herbert Spencer. También conoció a George H. Mead con quien inició una sólida amistad. Por él se introdujo en la psicología social y en la dinámica de la vida de los grupos y tomó contacto con la obra de Freud y los antropólogos culturalistas del momento. Teniendo en cuenta esto, Mary Richmond produce su obra en el momento en que comienza a hacer eclosión el funcionalismo, y en este contexto define el *caso social individual* como un “tratamiento prolongado e intensivo que desarrolla la personalidad, reajustando consciente e individualmente al hombre a su medio social”.

James como principal representante del funcionalismo, concretó en su libro *Principios de la Psicología* (1890), los límites y alcances como disciplina independiente. Richmond se iluminó de las luces de James para configurar las líneas de pensamiento y acción del Trabajo Social. El funcionalismo de James se interesó en averiguar cómo funciona la mente para ayudarnos a adaptar al ambiente. Él postulaba que la conciencia era un torrente o flujo de imágenes y sensaciones que no cesaba de cambiar y no un conjunto de cimientos inertes como sostenían los estructuralistas.

Los funcionalistas admiraban a Charles Darwin, quien dedujo que los organismos evolucionan de modo que puedan sobrevivir. El funcionalismo impactó significativamente en la psicología moderna en aspectos como la psicología educativa (aprendizaje, enseñanza, dinámica en el aula). El aprendizaje nos hace a los humanos y animales más adaptables, motivo por el cual los funcionalistas trataron de encontrar la manera de mejorar la educación. Richmond era evolucionista y con esta concepción entendió que el trabajo social debería tener como objetivo conseguir la adaptación de los clientes/usuarios a un mundo y a una sociedad que se iría reformando progresivamente.

Una de las ideas centrales que desarrolla Richmond en sus escritos como gran aportación, constituye a la vez su gran paradoja: concibe el Trabajo Social como una actividad

de adaptación de los individuos dependientes y excluidos para lograr que se conviertan en interdependientes unos de otros e integrados en la sociedad. Hay que adaptar-dice- no solo las personas a la sociedad, sino la sociedad a las personas. Sin embargo, la acción directa “mente a mente” es insuficiente; el cambio social, la lucha por los avances y progresos de la sociedad, así como la investigación social, son también formas esenciales del Trabajo Social. Los trabajadores sociales, además de llevar los casos individuales deben investigar, denunciar los problemas sociales y crear opinión pública favorable a la reforma y a los avances sociales.

Una consecuencia derivada del funcionalismo fue el nacimiento del conductismo como modelo de intervención y cambio de la conducta de las personas y de los contextos sociales. El objetivo básico del conductismo es el descubrimiento de las variables que causan los cambios de conducta en los clientes/usuarios. Un fallo estratégico del conductismo fue su radicalización y su defensa a ultranza del anti-mentalismo. Como alternativa reciente ha surgido el conductismo cognitivo que combina la cognición (pensamiento) y el condicionamiento para explicar la conducta. El conductismo radical ha sido rechazado por Richmond y otros autores representantes de los modelos de intervención en el Trabajo Social (psicodinámico, centrado en la tarea, humanista, existencialista, sistémico, crítico/radical); sin embargo, el conductismo cognitivo ha logrado gran consenso como modelo de intervención psicoterapéutica.

Ahora reconocemos las importantes aportaciones de los enfoques y escuelas psicológicas al Trabajo Social. El *corpus* teórico previamente examinado demuestra que esta aseveración está siendo confirmada. Hay hechos empíricos y pragmáticos que lo prueban. El Trabajo Social de casos, “sus teorías, sus objetivos, su mejor práctica intensiva parecen todos haber convergido en los últimos años en una idea central muy psicoterapéutica: que es la búsqueda del desarrollo de la personalidad (Richmond, 1995, p. 99). Igualmente, la finalidad de la intervención social de los trabajadores sociales es que el cliente/usuario aprenda a *resolver sus problemas por sí mismo* y, en función de ese fin, desarrolle sus capacidades. El lenguaje acusa una realidad descrita por Rogers, en su modelo de intervención terapéutica centrado en el cliente/usuario. Sin embargo

hay un abismo entre el desarrollo de la personalidad y el valerse o resolver sus problemas por uno mismo, como fin de la intervención de los trabajadores sociales.

La concepción de la realidad que compete al Trabajo Social se sustenta en cuatro elemen-

tos: a) el desarrollo de la personalidad, b) las diferencias individuales de las relaciones con otros, c) la interdependencia humana y, d) la acción reflexiva. En esta pequeña síntesis se concentran las semejanzas de la profesión y disciplina del Trabajo Social y la Psicología.

6. Referencias bibliográficas

- Barahona Gomáriz, M^a J. (2016). *El Trabajo Social: Una disciplina y profesión a la luz de la historia. Lección inaugural del curso académico 2016-2017*. Madrid: Editorial de la Universidad Complutense de Madrid.
- Barriga Muñoz, L. y Martínez Alonso, M.A. (2011). Mary Richmond en la perspectiva del Trabajo Social en España. *Cuadernos de Trabajo Social*, 24, 113-121.
- Benjafield, J. (2004). *A history of psychology*. Boston: Allyn and Bacon.
- Blumer, H. (1982). *El interaccionismo simbólico: perspectiva y método*. Barcelona: Hora.
- Carabaña, J. y Lamo de Espinosa, E. (1978). Teoría social del interaccionismo simbólico: análisis y valoración crítica. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 1, 159-203.
- Carpintero, H. (1996). *Historia de la ideas*. Madrid: Pirámide.
- Darwin, Ch. (1963 [1880]). *Origen de las especies por medio de la selección natural o Conservación de las razas en su lucha por la existencia*. (2^a edición, corregida y aumentada edición). Madrid: Lucuix y Compañía.
- Darwin, Ch. (2008 [1990]). *El origen del hombre: Selección natural y sexual*. Barcelona: Centro Editorial Prensa.
- Darwin, Ch. (1994). *El origen del hombre*. Madrid: EDAF, [1871. *Descent of man, and selection in relation to sex*].
- Ellis, A. (2003). *Manual de terapia racional emotiva*. Bilbao: Desclé.
- Espina, A. (2005). Presentación. El darwinismo social. De Spencer a Bagehot. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS)*, 110, 175-188.
- Ewen, R.B. (2003). *An introduction of theories of personality*. (4^a Ed.). Londres: Psychology Press.
- Frankl, V. (1964). *El hombre en busca del sentido*. Barcelona: Herder.
- Frankl, V. (1978). *Psicoterapia y humanismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Frankl, V. (1994). *El hombre doliente*. Barcelona: Herder.
- Frankl, V. (2002). *Psicoanálisis y existencialismo*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Freud, S. (1924). *Breve informe sobre el psicoanálisis*. Madrid: Amorrotu.
- Freud, S. (1993). *Tres ensayos sobre teoría sexual*. Buenos Aires: Alianza Editorial.
- Friedlander, W. A. (1989). *Dinámica del trabajo social*. México, Editorial Pax.
- Gaviria, M. (1995). Una relectura de Mary Richmond. En: *El caso social individual. El diagnóstico social*. Madrid: Talasa.
- Gedo, J. y Pollock, G. (eds.) (1976). *Freud: The fusion of science and humanism. The intellectual history of psychoanalysis*. Nueva York: International University Press.
- Gedo, J. E. (1997). Reflections on metapsychology, theoretical coherence, hermeneutics, and biology. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 45, 779-806.
- Howe, D. (1977). *La teoría del vínculo afectivo para la práctica del Trabajo Social*. Barcelona: Paidós.
- Howe, D. (1987). *An introduction to social work theory*. Aldershot: Wildwood House Publishers.
- Jacobs, T. (2002). Secondary revision: On rethinking the analytic process and analytic technique. *Psychoanalytic Inquiry*, 22, 3-28.
- Joyce, Ph. y Sills, Ch. (2001). *Skills in gestalt counselling and psychotherapy*. Nueva York: Sage Publications.
- Keyes, C.L.M. y Haidt, J. (2003). *Flourishing: Poistive psychology and the life-well-lived*. Washington DC: American Psychological Association.
- Kirsch, I. (1996). Hypnotic enhancement of cognitive-behavioral weight loss treatments - Another meta-reanalysis. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 64(3), 517-519.

- Lamarck, J. B. (1986 [1809]). *Filosofía zoológica*. Barcelona: Editorial Alta-Fulla.
- Maslow, A. (1943). A theory of human motivation. *Psychological Review*, 50, 370–396.
- Maslow, A. (1985). *El hombre auto-realizado. Hacia una psicología del ser*. Buenos Aires: Troquel.
- May, R. (1967). *El dilema existencial del hombre*. Buenos Aires: Paidós.
- Monferrer, J.M., González, M.J. y Díaz, D. (2009). La influencia de George Herbert Mead en las bases teóricas del paradigma constructivista. *Revista de Historia de la Psicología*, 30(2-3), 241-248.
- Offer, J. (2006). *An intellectual history of british social policy*. Bristol: Policy Press.
- O’Leary, E. y Barry, N. (2006). Gestalt reminiscence therapy. En: E. O’Leary & M. Murphy (eds.), *New approaches to integration in psychotherapy* (pp. 50-60). Londres: Bunner-Routledge.
- Oyama, S. (2000). *The ontogeny of information: Developmental systems and evolution* (2ª ed.). Durham, NC: Duke University Press.
- Payne, M. (1995). *Teorías contemporáneas del trabajo social. Una introducción crítica*. Barcelona: Paidós.
- Perls, F. (1974). *Gestalt theory Verbatim*. Nueva York: Batam Books.
- Perls, F. (1976). *El enfoque gestáltico. Testimonios de la terapia*. Santiago de Chile: Cuatro Vientos.
- Puente, A. (2012). *Psicología contemporánea básica y aplicada*. Madrid: Pirámide.
- Ranquet, M. Du. (1996). *Les aproches en service social*. Quebec: Centurión.
- Reid, W. J. (1985). Task-centered treatment. En: F.J. Turner (ed.), *Social work treatment: Interlocking theoretical approach*. Nueva York: Free Pres.
- Reiss, S. y Havercamp, S. (2005). Motivation in developmental context: a new method for studying self-actualization. *The Journal of Humanistic Psychology*, 45, 41-53.
- Richmond, M.E. (1917). *Social Diagnosis*. Nueva York: OUP.
- Richmond, M.E. (1995). *El caso social individual. El diagnóstico social*. Textos seleccionados. Madrid: Talasa.
- Rogers, C. (1961). *El proceso de convertirse en persona*. Buenos Aires: Paidós.
- Rogers, C. (1977). *Psicoterapia centrada en el cliente*. Buenos Aires: Paidós.
- Rogers, C.R. (1985). *Terapia, personalidad y relaciones interpersonales*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rosenberg, S.S. y Lynch, E.J. (2002). Fritz Perls revisited: A micro-assessment of live clinical sesión. *Gestalt Review*, 6, 184-202.
- Salvador Beltrán, G. (2012). Aportaciones del psicoanálisis a la intervención en las familias desde el trabajo social. *RTS, Revista de Treball Social*, 197, diciembre..
- Salvador Beltrán, G. (2009). *Familia experiencia grupal básica*. Barcelona: Paidós Ibérica
- Schuschmy, A. (2015). *¿Qué es una experiencia cumbre?* Recuperado de: <http://grupospiritualista.de.la.palma.wordpress.com/2015/08/18>.
- Seeman, J. (1988). Self-actualización. *Person-Centered Review*, 3, 304-315.
- Seligman, M.E.P. (2003). *La auténtica felicidad*. Barcelona, España: Vergara.
- Spencer, H. (1969 [1884]). *El hombre contra el estado*. Buenos Aires: Aguilar.
- Spencer, H. (1952). A theory of population deduced from the general law of animal fertility. *The Westmister Review*, 57, 468-501.
- Staemmler, F.M. (2004). Dialogue and interpretation in gestalt therapy. Making sense together. *International Gestalt Journal*, 27(2), 33-57.
- Stewart, A.J. y McDermonnt, C. (2004). Gender in psychology. *Annual Review of Psychology*, 55, 519-594.
- Travi, B. (2011). *Conceptos e ideas clave en la obra de Mary Ellen Richmond y la vigencia actual de su pensamiento*. Ponencia presentada en el IV Encuentro de Investigadores en Trabajo Social (GIITS), Buenos Aires.
- Winnicott, D. W. (1980). *La familia y el desarrollo del individuo*. 2ª Edición. Buenos Aires: Editorial Hormé Paidós.